

Helianthe

Por el R. P. A. Claerhoudt

Aunque ya se hallaba descendiendo rápidamente la empinada pendiente de la vejez, pues ya había llegado al crepúsculo de la vida, el viejo Helianthe tenía el espíritu tranquilo y el corazón siempre lleno de paz y de alegría.

No os extrañe que aquí os hable de Helianthe, de su vida, humilde y recogida; es que quiero hoy descorrer un poco el velo, a fin de que veáis que lejos del bullicio y de la algazara que agita el mundo, viven almas nobles, almas sencillas, que van enseñando con sus vidas humildes, la solución a muchos problemas, las respuestas a muchas preguntas que atormentan el corazón del hombre, como la de nuestro último fin.

Helianthe, mi pobrecito Helianthe, eres una criatura insignificante, un pobrecito hijo de la montaña, un infeliz sin mas amparo que el que te brinda el tosco

techo de hierba de tu mísera choza y las débiles paredes de caña, ennegrecidas por el humo, de tu vivienda, alumbrada tan sólo por la incierta luz del "saleng" sobre el cual pones a cocer la olla de tu frugal comida.... ¡Cuán pobre, cuán míseramente vives! no hay ricos enseres en tu mesa, ni ricos adornos en tu alcoba, allí en esa única habitación de tu choza no se ven mas que ollas de barro y un sin fin de cestos. Mas en medio de tu mísera existencia no suspiras jamás por riquezas y comodidades, cual si supieras que éstas proporcionan goces que nunca llenan...

Tu, ¡oh Helianthe, no anhelas las cosas del mundo! lleno está tu corazón de paz, de tranquilidad, de alegría, pues vives en presencia siempre de tu amado Maestro y Señor, Jesús el verdadero Amigo de los pobres.

Pobrecito hijo de las montañas, igorroto inculdo e ignorante, mas tu espíritu de niño, tu humildad y pureza, te abrirán las puertas del Cielo, en donde podrás gozar del Dios Eterno, que es la Sabiduría misma.

Helianthe, por ser tú tan pequeño, tan insignificante y desconocido, el mundo nada quiere de tí y tú nada quieres del mundo.

Aunque siempre fuiste con todos amable, nunca fuiste en pos de caricias y halagos, porque temías que las alabanzas del mundo y el amor humano, te enservilecieran; quisiste ser libre, y por eso te refugiaste entre los brazos de la Cruz.

Helianthe, en los días pasados, veíamoste siempre por las mañanas, al primer toque del Angelus, atravesar el estrecho sendero que conduce a la capillita del pueblo.

Anhelaba tu pobre alma recibir el Pan de los Angeles, y puesto de hinojos ante el altar, orabas con fervor de niño, mientras Jesús te escuchaba y sonreía, porque tus oraciones le eran muy gratas.

Sí, hubo un tiempo en que se te veía ir lentamente por el camino polvoriento, y dirigir tus pasos

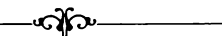
hacia la capillita desierta, en donde sólo y muy cerquita del Tabernáculo, abrías tu atribulado corazón al Señor, entre suspiros y lágrimas.

¡Pobre Helianthe, han pasado los días, y el dolor se ha cebado en tu misero cuerpo! A tí también te ha sido dado participar de la Cruz, la que Dios solo envía a sus escojidos. Llenos de dolor están tus días, largas y penosas las horas que transcurren, mas en tus ojos veo brillar una luz viva, una luz que no se extingue, que se aviva cuanto más sufres: inefable alegría inunda tu alma.

Esa mirada tan tranquila, tan serena me dice que tu fin está próximo, Helianthe, que pronto serás llamado a gozar eternamente en el reino de los Cielos, junto a tu amado Señor.

Mirad como pierden su resplandor los gloriosos hechos de los hombres contemplados al lado de esta vida sencilla y pura de un alma enamorada de su Dios...

¡Adelante Helianthe, levanta la frente y fija tus ojos en el Cielo, el firmamento está despejado, adelante por el camino de la eternidad!



Chistes

En una exposición de pinturas:

—Ese cuadro ha costado a su autor ocho años de trabajo.

—¿De veras?

—Sí; seis meses para pintarlo, y siete años para venderlo.